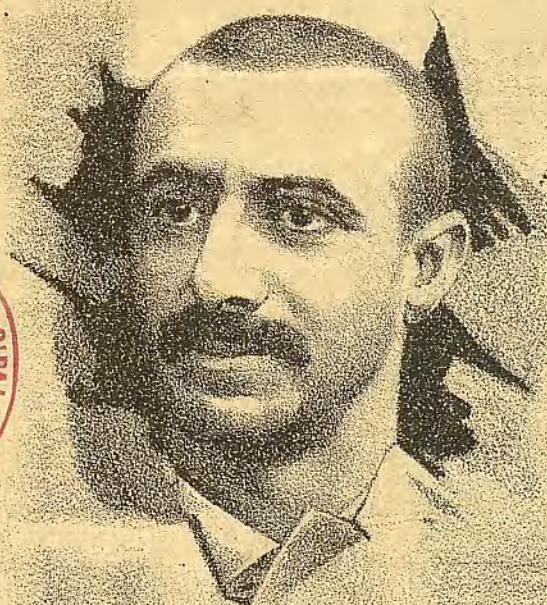




NUESTROS ESCRITORES, por Renau.

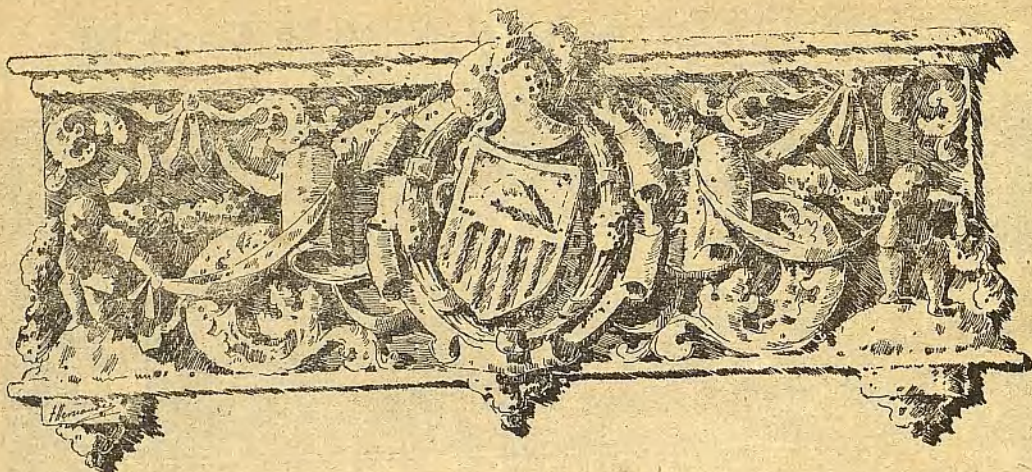
LOS LUNES DE EL IMPARCIAL



FEDERICO URRECHA

Un distinguido escritor  
que hoy hace á la prensa honor.  
Su *Genoveva y Tormento*  
Ayuntamiento de la plaza de autor  
de talento.





## LA SEMANA

Quitad á Barcelona el espectáculo de las huelgas, y habrá perdido nuestra ciudad su rasgo más típico, característico y modernista.

Por este año nos creíamos ya libres de tales achaques, habiendo transcurrido el mes de Mayo sin que el orden se alterase en la familia obrera; pero ¡ay! que, como las mujeres primerizas, habíamos echado mal nuestras cuentas y el alumbramiento que creímos seguro para el mes pasado, se presenta ahora con toda clase de dolores y como si la criatura anual se presentase grande, desmesurada, con las uñas largas y los dientes crecidos, por efecto de su larga espera en el claustro materno.

Las causas del conflicto ¡vaya usted á saberlas!

Exigencias del obrero, intransigencias del patrono, falta de conformidad en dos seres que, estando unidos por la misma cadena del trabajo, en vez de ayudarse uno á otro para sostener el peso común, se empeñan en tirar cada cual por su lado, destrozándose mutuamente los tobillos.

Cerradas las tiendas, paralizado el tráfico, inerte y frío el hueco obelisco de la chimenea del taller, á la cual falta el principal signo de gala: el plumero de humo que deja adivinar la productiva labor y el trabajo honrado... no sabemos si la solución está próxima ó tardara en llegar, aunque sí es de temer, que cercana ó remota, hayamos de buscarla por partes iguales en el cementerio y en la cárcel.

Aun hay gente que se asusta con los portazos de las tiendas al cerrarse, con la marcha pesada de los percherones de la guardia civil y los disparos al aire de la fuerza pública; pero la mayoría de la población ya estamos hechos á semejantes espectáculos y oímos todo esto como quien oye llover, aunque sean palos lo que llueva.

—¡Caramba!—dice uno poniéndose de codos en el balcón—¡bueno viene el arroyo de obreros! Han debido declararse en huelga las tres docenas de Clases de vapor.

—Pues dicen—agrega un vecino desde el balcón de enfrente—que son los fabricantes quienes tienen la culpa; porque ofrecieron no sé qué cosas y ahora no las quieren cumplir.

—Ya se sabe que en este mes no hay que hacer caso de promesas.

Recuerde usted lo que dijo Zorrilla:

*Junio es un mes de infortunio;  
palabras que en él se dan  
vienen por san Juan en Junio  
y por san Pedro se van.*

Pero no se trata aquí de san Juan ni de san Pedro, apóstoles del Señor, sino de san Andrés de Palomar y san Martín de Provencals, apóstoles del movimiento huelguista y focos perennes de sublevación obrera.

Albañiles, herreros, curtidores, estampadores, blanqueros, toneleros, obreros de hilados y tejidos, etc., etc.; todos campan por sus respetos, arrojando piedras contra los *esquirols* y una que otra china contra la guardia civil.

La libertad de trabajo no parece por ninguna parte; pero cada gremio formula peticiones en armonía con sus aptitudes y oficios.

¿Qué desean los albañiles?

Pues bicocas. Levantar un muro entre la clase obrera y los burgueses.

¿Qué quieren los carpinteros?

Cambiar el cepillo de pulir por el cepillo petitorio para las sociedades de resistencia.

¿Qué buscan los blanqueros?

Dejar á los amos más blancos que el papel.

¿Qué piden los herreros?

No machacar en hierro frío.

¿Qué ansian los estampadores?

Estampar contra la pared al compañero que trabaje ¡y mucho ojo!

¿Qué los toneleros?

¡Ahí es nada! Llenar el tonel de las Danáides.

¿Qué hacen los aprestadores?



Lo mismo que los demás: aprestarse á la defensa.

Y así sucesivamente.

Hace ya la friolera de tres siglos, dijo Quevedo:

*Ya no hay aquí oficio santo  
sino el de la Inquisición.*

Desaparecido éste, claro es que todos los oficios sin excepción están dados al demonio.

Fortuna que ahora dicen que van á venir los carlistas y éstos traen en cartera la restauración del único Oficio Santo que quedaba, ya en tiempos de Quevedo.

\*\*\*

Bien vengas «estado de sitio» si vienes solo.

No es solamente en Barcelona donde se ha proclamado la ley marcial, sino en Calahorra, y probablemente en alguna otra ciudad, á la hora en que los lectores vean estas líneas.

Ya lo dice la copla, un poco adulterada, con permiso de ustedes:

Son los «estados de sitio»  
como cuentas de collar;  
declarándose el primero  
se declaran los demás.

La cosa no puede ser más grave.

La traslación del Obispo de Calahorra á Logroño, hubiera sido cosa tan grave como el traslado de los Papas de Roma á Avignon.

Verdad es que la cosa estaba prevista en el Concordato y que, según éste, debían desaparecer por mudanza los obispados de Calahorra, de Segorbe y del Burgo de Osma; pero ¡váya! usted á los calagurritanos con esos concordatos, concordias y concurdaneos!

La honra de los pimientos está comprometida en el asunto.

Y ¡como pizarán ahora los condenados!

Si los jefes de cuadrilla conocen sus intereses, deben proveer las plazas vacantes de varilarguero á favor de los pimientos que empiezan á brotar estos días en la huerta feracísima de Calahorra.

Luis ROYO VILLANOVA.

## LOS SERENOS, YO Y EL «BRUSI»

Bien sabe Dios que me resistí cuanto pude antes de entregar mi retrato á LA SEMANA CÓMICA, y no por modestia, tengo la franqueza de declararlo, sino porque no ando bien de físico y no gusta á nadie que estas cosas se sepan por todos, si bien en este caso la galantería, que no la torpeza, del dibujante, me ha favorecido lo suficiente para no ser confundido con Frontaura, uno de nuestros más ingeniosos autores y uno de nuestros primeros feos.

Hecha esta advertencia para congraciarme con las lectoras de LA SEMANA CÓMICA, permítaseme contestar á la pregunta que mi amigo el director de este semanario se ha servido dirigirme. No se trata del empleo del verso en el Teatro, sobre lo cual ya hemos averiguado que cada cual arrima el ascua á su verso ó á su prosa, sino de saber qué diferencias he encontrado entre el Barcelona que yo dejé hace diez y seis años y el que ahora me he encontrado.

Claro es que esto no le importa á nadie; pero á mí me lo preguntan y yo lo digo, y siempre será mejor que se enteren ustedes de esto que de las correspondencias de cartón-piedra que publica el *Diario de Barcelona*, *Brusi* ó como se llame ó le llamen en definitiva.

Empezaré por aquí, ya que ha salido á los puntos de la pluma. Barcelona, que ha progresado evidentemente en todos sentidos, se ha estancado en este particular detalle. Tenía yo entendido que ya no se publicaba el bueno del *Brusi*. Pero nó: ahí está como antes, sin que

parezca haber pasado un día por él, con sus noticias al principio, sus anuncios en la región abdominal y sus telegramas en la cola, todo dicho en purísimo castellano del Masnou, y sin que falten de vez en cuando los acreditados artículos de prosa cerrada de *en Mañé y Flaquer*, capaces de quitar el apetito de leer al más intrépido.

Pero ¡en fin! loado sea Dios que nos le conserva tan religioso y devoto como el año 1876, en que supe yo por primera vez que existía...

Es decir...

*me lo figuro yo,*

como dice el *couplet* del *Café* en el *Certamen Nacional*. Y digo esto porque al excelente *Brusi* le sucede algo de lo que le ocurría al que pidió los dineros á Gil Blas, con un trabuco *pero* por amor de Dios. El *Brusi* es timorato y demás, *pero* á su modo. Ejemplo al canto.

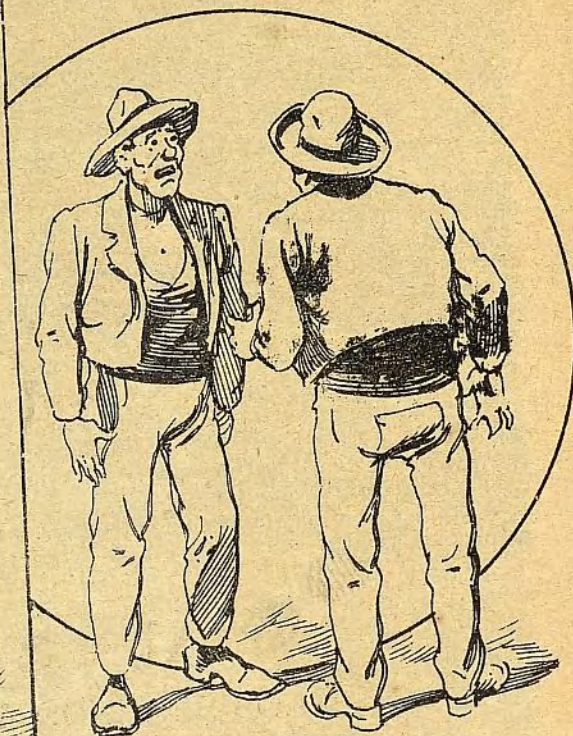
Hay en Barcelona varios establecimientos que con nombre de café-conciertos ú otros análogos, encubren su modo de ser de centros de verdadera corrupción. ¡Como serán que á mí, que tengo la manga ancha en lo de que cada cual se divierta como le parezca, me han escandalizado! Pues bien: este bendito *Brusi* no clama uno y otro día contra aquellos centros de inmoralidad, y, lo que tiene todavía más gracia, publica todos los días sus anuncios y hasta presumo que los cobra.

Tengo el honor de advertirlo á los padres y

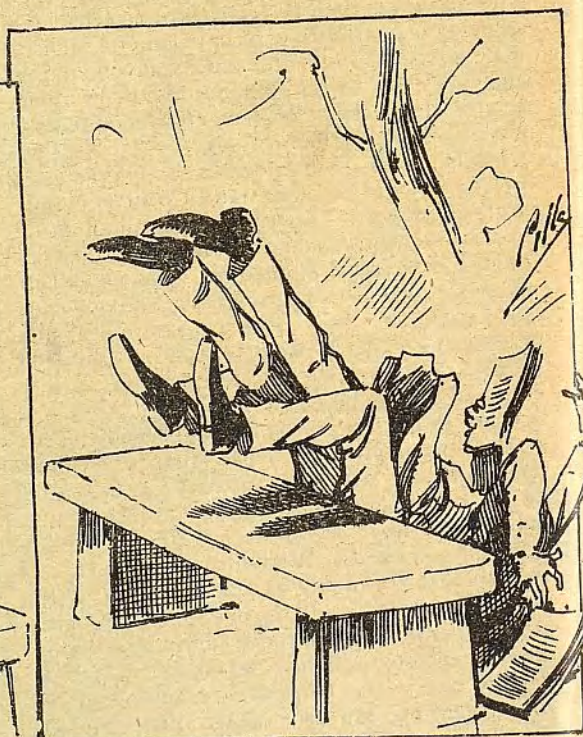




—¿Y dices que iba con uno?  
—Sí, pero tranquilízate: no era tu mujer. Era la mía.  
—¡Peor! ¡mucho peor!



—Afigúrate que en cuanto salgo yo de casa, entra un hombre por las tapias del huerto.  
—Y V. ¡claro! estará intranquilo por su mujer.  
—¡Cal! ¡Por las ciruelas!



LECTURAS INTERESANTES

2





El anarquismo me exalta  
y si me dejan, yo siembro  
el miedo, en la clase alta...  
¡Si no fuera por el miembro  
que me falta!...



madres de familia que todavía crean en lo que diga el *Brusi* respecto de los espectáculos públicos. Yo, que no soy santo, me escandalizo y el *Brusi*, especie de gendarme con sobrepelliz, calla. Esto, según la frase fósil, no necesita comentarios.

Bien: pues no es sólo el periódico de *en Mañé* el que sigue como estaba, sino que otro tanto pasa con los serenos, es decir con el canto de la hora por aquellos funcionarios.

Colón sobre su soberbio pedestal, señalando gallardamente al mar, es una muestra del poderío de Barcelona; el sereno cantando la hora al pie del monumento es una venerable antiqualla, digna, como el *Diario*, de pasar al desván de los trastos mandados recojer.

Fuera de estos dos detalles, Barcelona actual me haría, á poco que me apretase mi excelente

amigo Angel Guimerá, declararme regionalista del lado de acá, porque Barcelona...

Pero nó: no quiero que atribuyas, amigo lector, á alabanza de forastero agradecido lo que yo pienso de esta ciudad hospitalaria. Quédese dentro lo mucho bueno que quisiera decir, y perdona que antes de acabar te dé dos consejos gratis y por igual dignos de ser seguidos.

Procura hacer una campaña contra el canto de los serenos, y

No leas el *Brusi*, ó, si tienes la debilidad de leerle, no le hagas caso cuando te diga que un espectáculo es inmoral, porque, como queda demostrado, tiene en esto, sin ser tan protervo como yo, tan ancha como yo la manga.

Y como ya dijo el gran Galdós, no basta ser bueno: hay que parecerlo.

FEDERICO URRECHA.

## UNA CARTA <sup>(1)</sup>

Brindando por España, que, aún doliente, sabe excitar el interés de Europa  
si la hiere en su honor extraña gente,  
apuramos ayer la última copa  
de aquel Jeréz que, como siempre amable,  
me ofreciste y mandaste á quemar ropa.  
¡Oh! ¡cuánto la fortuna es deleznable!  
¡Cuán poco, aunque se goce con mesura,  
subsiste lo que hallamos agradable!  
La juventud, el vino, la hermosura,  
el frac, las amistades, el dinero...  
¡todo naufraga en la corriente oscura  
de ese mar impetuoso y traicionero  
donde sin rumbo y al azar bogamos,  
juguetes del destino y del casero!  
En ese abismo, en el que todos damos,  
dió también tu Jeréz. ¡Dios lo bendiga,  
y al amo, y á los hijos de los amos!  
Aun sueño verle, rubio cual la espiga  
(conste que aludo al vino), en esas horas  
en que, libre de pena y de fatiga,  
volando alrededor halagadoras,  
el espíritu asediar cien visiones  
á la par que soñadas, seductoras.  
Transportado por él á otras regiones,  
á los bordes del vaso se asomaba  
el tropel de mis muertas ilusiones;  
y el néctar exquisito que apuraba,  
más que con su poder, con el recuerdo  
de perdidos placeres me embriagaba.  
No es tu vino, por tanto, lo que pierdo;  
es mi felicidad, caro Gonzalo,  
que loco desprecié y estimo cuerdo.  
Así, pues, si te mueve la que exhalo

doliente queja, si me escuchas pío,  
¡mi gratitud duplica y tu regaló!  
Hazme de aquel Jeréz un nuevo envío,  
y sirva de reclamo ese poema  
vulgar y triste, y pobre como mío!  
De afecto puro y de amistad emblema,  
supriman vino y versos un instante  
la ausencia larga y la distancia extrema;  
y yo, la copa al contemplar delante,  
cual tú mi corazón en la poesía,  
veré copiado en ámbar tu semblante.  
Logre disfrutar pronto esta alegría,  
y al beber ese líquido precioso,  
dorado por el sol de Andalucía,  
vuelos los ojos á mi hogar dichoso,  
una vez más recordaré la tierra  
donde espero de Dios dulce reposo.  
Él la libre de pestes y de guerra,  
y á tí de pesadumbres y dolores,  
caudal inagotable que en sí encierra,  
dándote en cambio bienes y favores  
que poder repartir á cuantos ames,  
sin que te falten nunca suscitores.  
Abranse para tí, siempre que llames,  
las puertas de la gracia; ricos frutos  
produzca la semilla que derrames,  
y sin temor á Césares ni á Brutos,  
años sean tus días de ventura,  
siendo tus horas de aflicción minutos.  
Tal mi cariño pide y asegura,  
por lo cual, y teniendo poco espacio,  
más harto que de versos, de escritura,  
Te abraza tu afectísimo: PALACIO.

MANUEL DEL PALACIO.

(1) Escrita por el autor, desde Buenos Aires, á su amigo andaluz.



## LAS ECONOMÍAS



El asunto de estos días  
es en las Diputaciones  
y demás corporaciones,  
el de las economías.

En todas se dice á coro,  
haciendo al mundo reír,  
que es preciso suprimir...  
el chocolate del loro;  
pues claro es que los primeros  
que han de suprimirse á pares,  
son los mozos, auxiliares,  
aspirantes y porteros;  
en suma, lo que es barato,  
lo que cuesta una bicoca;  
que si á un *gordo* se le toca,  
el *gordo* toca á rebato.

¡Trancazo á los infelices!...  
¿Quién á un *gordo* el sueldo baja?  
¡Le rompen, por la rebaja,  
al *tío Paco* las narices!...

¿Qué es un *gordo*? Pues un guapo,  
un guapo que, por chiripa,  
consigue ir echando tripa  
poniendo á un pueblo hecho un trapo,  
que al país pone en un tris

y que á mal traer le trae...  
Así es que si un *gordo* cae,  
¡le cae el *gordo* al país!...

¿De un concejo un hombre de estos  
los intereses lastima?

¡Pues no hay dios que le suprima  
al hacer los presupuestos!...

Los pobres pagan el pato;  
digo, no... Es de suponer  
que deje el pato á deber  
quien no tiene para el plato.

Los ministros no hacen más  
que gritar todos los días:

«¡Hacen falta eco... no-mías!»  
(eco... si de los demás.)

Ellos luchan y trabajan  
por las rebajas con fe;  
pero acaso piensen que  
rebajando se rebajan.

Observan tales principios,  
con muy raras excepciones,  
todas las Diputaciones  
y todos los Municipios.

La economía se fragua  
haciéndose el *gordo* el sueco...  
A los flacos, ¡palo secol!...

porque no les dan ni agua.

Los ministros han mandado,  
tirar de la cuerda, y ¿qué  
pasa?... Que la cuerda se  
rompe por lo más delgado...

«Lo más delgado» son esos  
que se suprimen á pares:  
jesos pobres auxiliares  
que están en los puros huesos!...

No merman á secretarios  
el sueldo, ni á contadores,  
ni á todos esos señores  
que se comen los erarios...

Yo á esa gente ver no puedo,  
tan nécia como atrevida,  
que se mama la gran vida,  
¡y que hasta se mama el dedo!...

¿No puedo verla?... ¡Qué gracial!...  
Si no pudiera, ¡oh, placer!...  
pero la tengo que ver  
á diario, por desgracia.

¡Suele hasta en la sopa estar!...  
En viendo, lector amigo,  
el caldo *gordo*, me digo:  
¡Por aquí debe de andarl!...

Y en viendo una sopa sin  
sal y con muy poca grasa,  
de substancia muy escasa,  
una *sopa boba*, en fin,

al punto la dejo á un lado,  
por lo que pueda haber dentro:  
¡por si al comerla me encuentro  
con algún alto empleadol!...

¡Vaya unas personas las  
ciudadas!... Es la mas buena  
una ballena (ó va-llena)  
y el país es el Jonás.

Un *gordo* siempre se salva.

¿Que su sueldo se elimina?  
¡Pues le arma una tremolina  
al lucerito del albal!

¿Y donde habrá un mentecato  
que se atreva á eliminarle?...

¡Aquí, el que puede pagarle,  
casi nunca paga el patol!

En una cuestión quizá  
de *decoro* todo estriba.

¡Este no permitirá  
que se prescindiera de la  
figura decorativa!...

FERNANDO SEGURA.

## LA PRIMERA CARTA

I

Amaba Juan con pasión  
á Lupe la del herrero,  
porque era, sin discusión,  
la chica de más salero  
de toda la población.

En su rostro virginal  
asomaban los sonrojos  
por la causa más banal....

y eran lánguidos sus ojos  
y sus labios de coral.

Jamás nadie conseguía  
de su amor la dulce miel.  
La muchacha era muy fría,  
y al pobre que se atrevía  
le daba el *nó* mas cruel.

Juan, ansioso de gozar  
tantas dichas y venturas,

la asediaba sin cesar  
y pasaba mil torturas  
sin poderlo remediar.

Tuvo al fin atrevimiento.  
En la fuente la esperó,  
habló con ella un momento  
y ansioso le declaró  
su atrevido pensamiento.

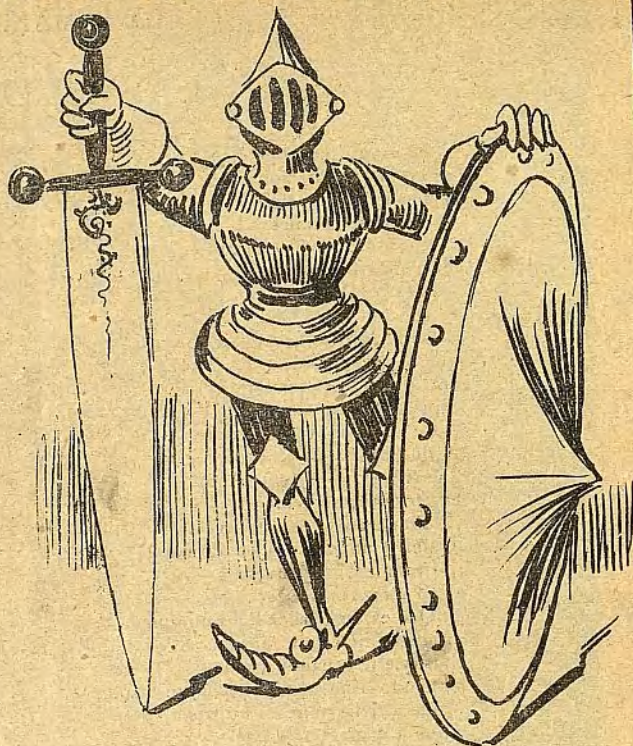
Y ella, dulce y conmovida,



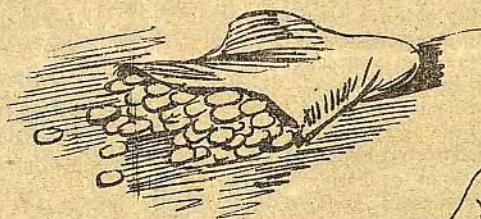
# LOS SEÑORES DEL MUNDO



EN LOS TIEMPOS PRIMITIVOS,



EN TIEMPOS DEL FEUDALISMO



EN LA ÉPOCA PRESENTE



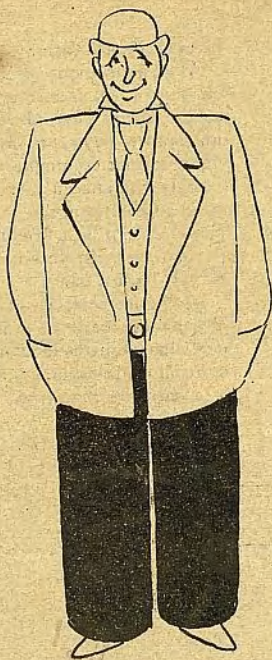
DESPUÉS DEL FEUDALISMO



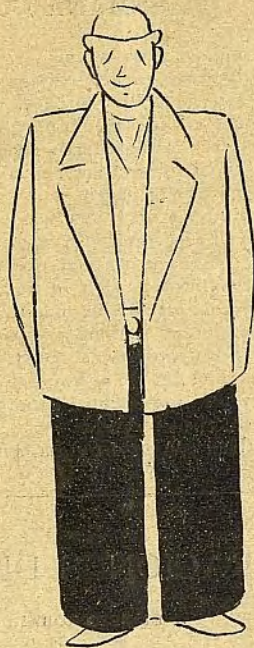
EN EL PORVENIR



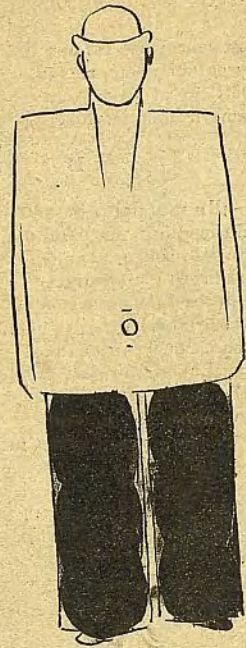
# EL SEIS-BLANCA



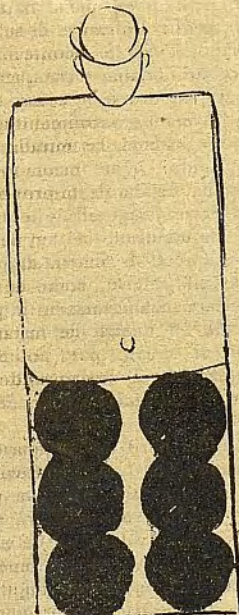
1



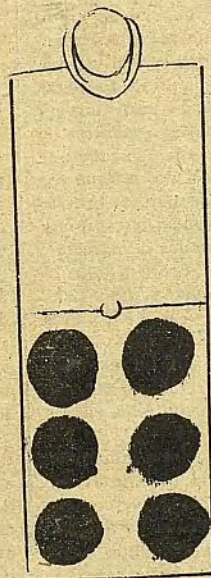
2



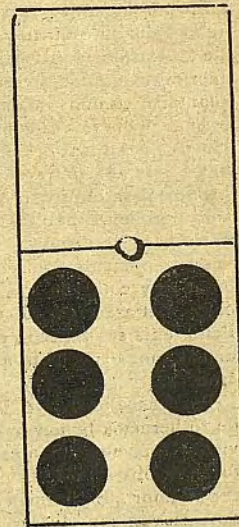
3



4



5



6



su pena quiso calmar  
y agitada, estremecida,  
le llegó al fin á jurar  
amarle toda la vida.

## II

¡Un mes había pasado!  
En medio de un batallón,  
con el fusil preparado,  
sudoroso y aterrado  
entraba Juan en acción.

Llevaba en la cartuchera  
una carta, la primera  
que Lupe le dirigía....  
¡Dos horas y todavía  
no pudo leerla entera!

Por fin, en medio del fuego

que amenazaba cruel  
la existencia del labriego,  
asíó impaciente el papel  
que era sólo medio pliego.

«¡Alma del alma!» leyó—  
«mi amor á tu amor iguala,  
sin tí, moriría yo...»

Entonces vino una bala  
y el blanco papel rompió.

Pero con tan mala suerte  
que llevó consigo un trozo,  
y cual mensaje de muerte,  
se enterró profundo y fuerte  
en las entrañas del mozo.

Fué llevado al hospital  
y allí un diestro cirujano  
sacó papel y metal.

¡Juan conservaba en la mano

la media carta fatal!

Y al pensar que se moría  
sin leer la carta entera,  
se lo rogó al buen García,  
un paisano suyo que era  
de la misma compañía.

Este comenzó á leer  
y sintióse estremecer  
cuando llegó á la fractura....  
¡Lanzó un grito de amargura  
y casi llegó á caer!

—¡Sigue, García!— Si tal.  
Y echando mano al bolsillo,  
con una angustia mortal  
continuó una carta.... ¡igual  
á la carta de Juanillo!

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

## NARRACIONES DIMINUTAS

## EL BESO ROBADO

En seguida se acordó la niña de José Manuel, su camarada de toda la vida, con el que jugaba por las tardes á la salida de la escuela, persiguiendo entre la hierba los saltamontes, arrancando amapolas, revolcándose en el musgo, brincando más que dos cabras, mordiendo cada uno su pedazo de pan y su trozo de queso de merendola, en plena y libre naturaleza... Habíanse criado juntos y aún eran hermanos de leche y desde que se escapaban á gatas por la puerta del corral al prado trasero de la alquería, no recordaban haberse separado nunca ni haber poseído jamás sino una voluntad sola... Siempre al sol y al aire, identificados con el campo, rebotando su espíritu y su cuerpo la plenitud de fuerza de su existencia salvaje, recios y ásperos, pero duros y fuertes como los fresnos y las carrascas, acababan de plantarse en unos indomables catorce años con los que apenas podía el respetable maestro. Y no porque los chicos fueran caribes é indómitos ó de natural bravío, antes por el contrario mostrábanse muy despiertos y prontos para el estudio y sumisos y dóciles de carácter, sino porque sus hábitos de pájaro les tiraban de ordinario hacia la dehesa y rara era la semana que no sumaban en cuenta dos ó tres días de novillos disfrutados en amor y compañía con los grillos, las mariposas y los chicos del aserrador de maderas que allí, en el verde llano tenía sus talleres, y que saltaban de júbilo cuando ambos mocitos venían á columpiarse con ellos en los troncos.

Por casualidad oyó la chicuela aquella confidencia de su hermana la mayor á su amiga... Hablaban de novios y se comunicaban esos dulces secretos que constituyen la obsesión de la mujer cuando acaba de amanecer al amor... Su hermana adoraba á su prometido, pensaba casarse con él; le veía por la noche en la ventana del piso bajo y se pasaban las horas muertas charlando. La confesión fué completa. Él le había pedido un beso y ella se lo había dado. La amiga no sabía nada de esto. ¡Un beso! ¿Y á qué sabía? ¡Dios mío, á gloria, á una cosa riquísima! Era algo así como morirse de felicidad. La conversación quedó interrumpida por cualquier circunstancia y no se reanudó, pero en la niña produjo un extraño y mágico efecto. De pronto se sintió invadida por una curiosidad inmensa, por un

afán invencible de averiguar qué gusto tenía uno de esos besos que de tal suerte inundaban el espíritu de ventura. En el acto se acordó de José Manuel. Habíanse criado juntos, lo quería con toda su alma. Probaría con él.

Cuando aquella tarde, concluida la escuela, se reunieron á retozar en el prado del aserrador, la muchacha iba decidida á pedirle un beso al mocito. Su espíritu cándido, desarrollado en plena naturaleza, sin pliegue ninguno, no media el alcance de su acción. José Manuel era su hermano. Pero le aconteció una cosa extraña. Ella, siempre tan diáfana y franqueable con él, se sintió de repente, sin explicarse la causa, encogida y tímida, presa de un invencible retraimiento; la lengua se le trababa; no podía sostener las miradas del mozo. ¿Qué le pasaba, Dios santo? ¿Qué incomprendible cosa surgía entre ambos que dejaba de improviso de ver en José Manuel á su eterno camarada y le infundía tan singular respeto? Su mudismo fué tan perceptible, que él lo notó y le preguntó si le ocurría algo. No, nada. Pero el caso es que ella rehusó, como de costumbre, dejarse coger por él para balancearse en la punta de un tronco de árbol, y sólo en fuerza de instancias consintió en sentarse junto al chico, para columpiarse un par de veces. Los brazos de él descansando sobre su cintura le arrancaban un estremecimiento. Pensó que la huía la luz.

La «silueta» del beso no se apartaba un momento de su imaginación, pero no se atrevió á pedirselo. Se acordaba de lo escuchado más que nunca: la curiosidad habíasele trocado en un deseo vehemente é insaciable, como en una rabiosa sed de estampar sus labios en el rostro del rapaz; pero de repente le entró una timidez enorme, una vergüenza singular, un gran miedo; le pareció que no hacía bien; que tal cosa no procedía en ella y se aguantó, mas sin renunciar á sus ansias. No sabía como, pero no se resignaba á no realizar su anhelo íntimo. Esperó sin acertar por que esperaba. La casualidad vino en su ayuda y se valió del verano.

Habían comenzado los días calurosos, habíase cerrado la escuela y ella y él, caballeros en un crugidor trillo daban vueltas por la redonda era triturando la mies.



El sol arreciaba de lo lindo, pero á los dos rapaces les importaba un bledo sus rayos, y sudando á mares se hallaban en sus glorias, ella sentada y él de pie, con la tralla en la mano y guiando las mulas, al son de un eterno y soñoliento cantar. El, enfrascado en la faena no tenía ojos más que para el par, atizándoles en las ancas con el onzal y restallando cuidadosamente el látigo en el aire; ella cuidábase poco de la era y no apartaba los ojos de él, sin que el rapaz lo advirtiera, absorbido en su labor. Se echó encima la hora de la siesta; suspendióse la faena, se dió suelta al ganado y los gañanes se esparcieron por aquí y por allá buscando las exiguas sombras de la elameda. José Manuel, acompañado de la rapaza, se amparó en unos fresnos, tumbóse á lo largo y se quedó en seguida dormido. Un relámpago cruzó por la mente de la chica. Sentóse

junto á él y se quedó inmóvil á su lado, velándole el sueño, pero con aire muy singular, como si le acechara. Al corto rato se ladeó apoyándose en una mano, observó al mozo, tranquilizada por su ronquido se agachó sobre su rostro y posó sobre su mejilla un beso miedoso, suavísimo, ligero, que á él debió de parecerle el roce de un ala, porque se pasó la mano por la piel sin despertar. La niña se irguió otra vez radiante, rebosando felicidad, pero de pronto se sintió una angustia enorme, los párpados se le llenaron de lágrimas y vislumbró algo desconocido y nuevo que le produjo una infinita tristeza. Acababa de cumplirse su anhelo, pero de pronto comprendió que su corazón no se contentaba con que ella le diese el beso á él, sino que necesitaba que él se lo diese á ella...

ALFONSO PEREZ NIEVA.

## NAUFRAGIOS...

### I

Envuelto entre las gasas de la bruma,  
el soberbio vapor rápido vuela,  
convirtiendo las olas en espuma  
que se estrella en su frente con estruendo,  
y deja tras de sí revada estela  
que, á medida que nace, va muriendo.

En el espacio ondea, medio rota,  
de rojo y gualda ibérica bandera,  
como ondea en la fúlgida cimera  
de apuesto paladín blanca garzoa.

La férrea chimenea por su boca  
despide sin cesar negra guejeja  
de humo denso que sube y se desmaya  
como el suelto cabello de una loca,  
y que despues se aleja,  
hasta perderse en la confusa raya  
donde el azul con el azul se toca.

El vapor comprimido,  
al verse libre, en áspero silbido  
como indomable tempestad estalla,  
mientras el ronco son de la bocina  
languido repercute en la muralla  
que con sus capas forma la neblina.

### II

De pronto el mónstruo en la traidora roca  
que oculta el oleaje,  
con sordo estruendo y con rudeza choca...  
Dudosos los marinos:—«¿Abordaje?»—  
dicen; y al ver que no es, por cada boca  
ruge en imprecaciones el coraje;  
y todos los viajeros,  
á impulsos de la ruda sacudida,  
caen entre los ayes lastimeros  
que arranca el miedo de perder la vida...

El agua invade el interior; los gritos  
de espanto se sofocan en la nada,  
y todos los esfuerzos inauditos  
de la tripulación desesperada

inútiles resultan... Los esposos  
se abrazan; y los hijos,  
aprisionados á las madres, tienen  
el alma fija en Dios; los ojos fijos,  
ora en las olas que se van y vienen,  
ya en el inmenso azul del firmamento;  
y en la soñada tierra  
el vago pensamiento,  
con la desconfianza y la fé en guerra...

¡No hay salvación!... ¡Se hundel... Un estampido  
cortó agudo el chasquido prolongado  
de po-trimeros besos  
y el funebre ronquido

de las olas... ¡Se había levantado  
el capitán la tapa de los sesos!...

Despues... nada: silencio... Dos cabezas,  
una tabla que flota, y á ella asida  
callosa mano vigorosa y fuerte  
de un marinero que huye de la muerte,  
buscando asilo á la preciosa vida  
de un ángel de beldad, divina carga  
que en lugar de abrumarle le da aliento  
y la potencia de su brío alarga  
con que atajar bizarro el elemento.

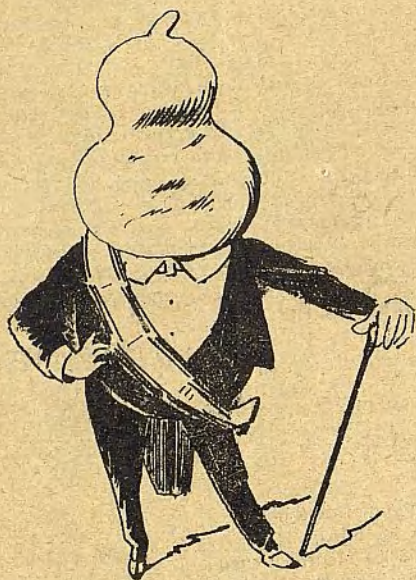
### III

Se salvaron los dos: y la chiquilla,  
agradecida al feo marinero  
de agrio decir y corazón de roca,  
le dió su amor para servir de quilla  
en el mar de la vida, traicionero  
tanto ó más que el Océano.

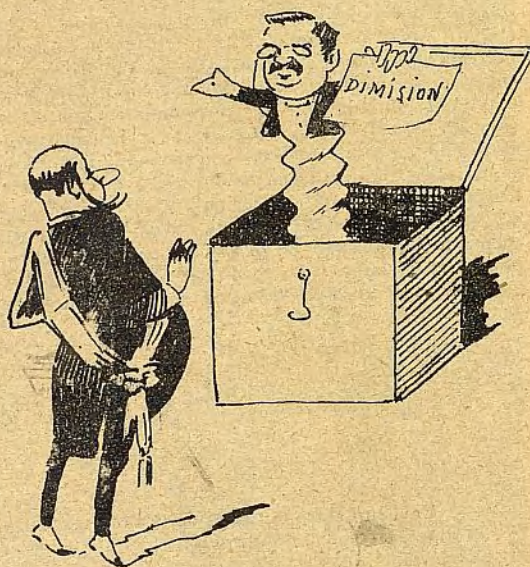
Su boca  
pronunció el «sí»; y el nauta, medio frito  
de amor, dijo:—«¡Casarmel... Sé que *peco*...  
—mirando á un adorada de hito en hito;—  
porque ella es niña, y yo... ya soy machucho;  
ella es alegre, y yo soy un enteco...  
Pero... *choqué* en su corazón, y... ¡Es mucho!  
¡En el mar naufraga hoy hasta el más ducho!...  
Mas... el casarse... ¡es naufragar en seco!...

JOSÉ PUYOL BOSQUE





La autoridad causante del disgusto



que obtiene un premio que le causa un susto.



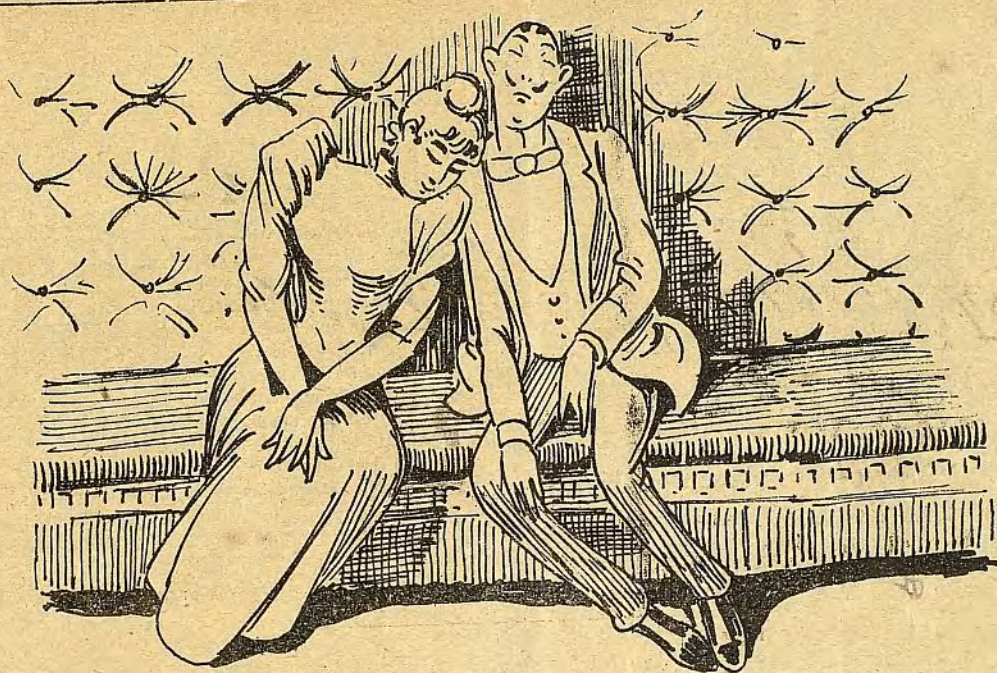
Argumentos de efecto contundente,  
que sostienen el orden actualmente.



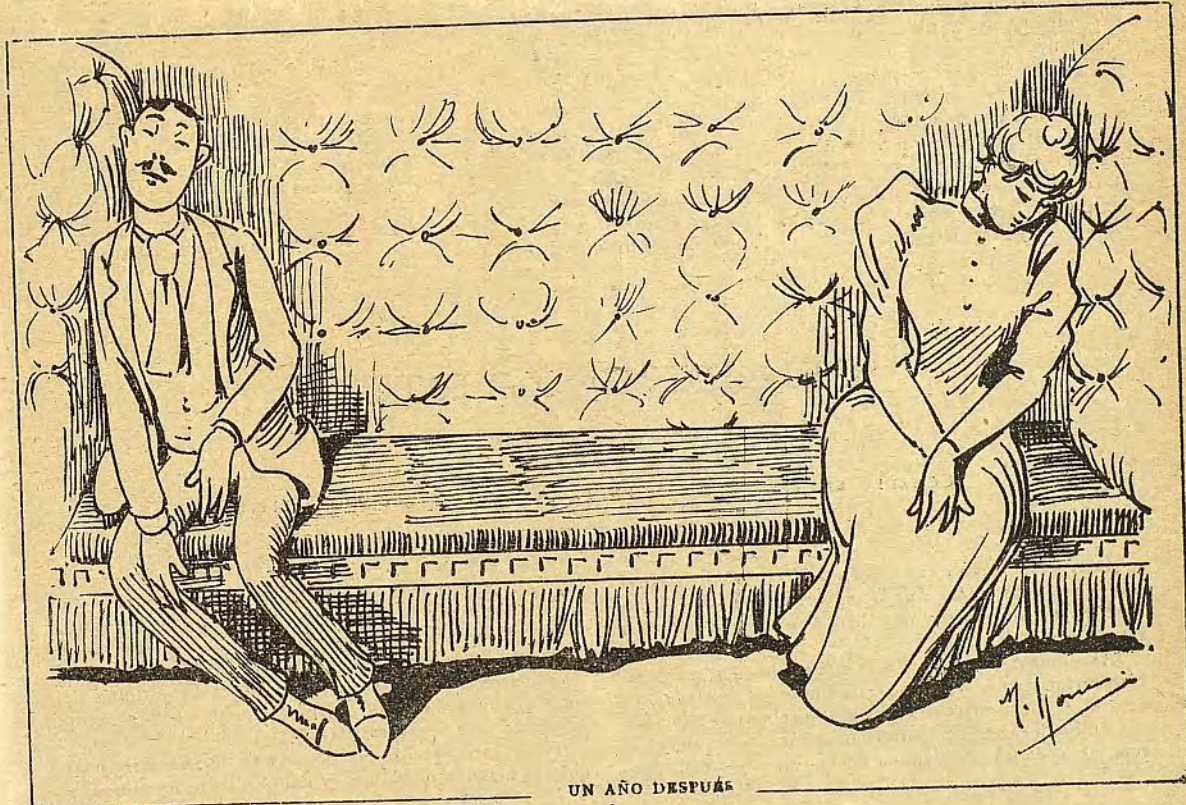
Unos porque calla  
y otros porque grita,  
¡buena me la ponen  
a la pobrecita!



DOS VIAJES, por Melitón González.



EL VIAJE DE NOVIOS



UN AÑO DESPUÉS



## SONETOS

## SIMILIA SIMILIBUS CURANTUR

Me ataraza, lector, un gran apuro.  
Acaban de retarme á desafío,  
y como yo en mis fuerzas no confío,  
no doy por mí pellejo medio duro.

Pero... ¿temes por mí? ¡Cal de seguro  
no dejaré llegar mi sangre al río:  
cedo el honor por el pellejo mío  
y no me bato... ¡Vaya! que lo juro.  
¡Honor y dignidad! Yo los respeto,  
como á todas las mil preocupaciones  
propias del reto... pero esquivo el reto.  
¡Quien me creará un cobarde? ¡Los matones!

NOTA. Dejo *pendiente* este soneto,  
porque me falta... el consonante en *ones*.

¿Que tu esposa es histérica y nerviosa?  
¡Te compadezco, Juan! mas si te apura,  
la puedes aliviar, sino se cura,  
porque la enfermedad es engorrosa.

Yo sé de una receta, no costosa,  
que es infalible, radical, segura;  
me la enseñó un curdón de Extremadura,  
que tiene enferma, cómo tú, á su esposa.

Según él, que conoce los proverbios,  
un clavo á otro saca... y de este modo,  
pues lo que tiene su mujer son nervios,  
por *similia similibus* la sana:  
¡coje un *nervio* de bucy, con mango y todo,  
y la atiza una tunda soberana!

CARLOS C. CATALÁ.

Por yo no sé que dislate,  
condenó el rey de Castilla  
á un distinguido magnate  
y señor de horca y cuchilla,  
á obtener la absolución  
de su delito, después  
de suplicarle perdón  
besando sus reales pies.  
Queriendo enseguida el reo  
dar prueba de su obediencia,  
fué ante el rey con el deseo  
de dar fin á la sentencia.  
El que ganó entre la gente  
fama de fiero y tirano,  
fué á besar humildemente  
las plantas del soberano,  
cuando con gran altivez,

gritó dando un paso atrás:

—¡Yo no los beso, padiez!

—¿Que no los besas?

—¡Jamás!

Al oír aquella altanera  
rara salida de tono,  
el monarca, hecho una fiera,  
dió un puñetazo en el trono,  
y con gesto desabrido  
y tono grandilocuente,  
en que ya hemos convenido  
que habló siempre aquella gente,  
gritó airado:—¡Mal se aviene  
en quien de noble blasona,  
el poco aprecio en que tiene  
llegarse á mi real personal  
Yo sé de algún infanzón

que puede alternar contigo,  
que tomara á galardón  
lo que te doy por castigo.

Pues he sabido llevar  
mi honor con tanta pureza  
que puedo purificar  
el de toda mi nobleza.

—Yo—dijo el noble—no dudo

que admire toda Castilla  
el brillo de vuestro escudo  
y vuestro honor sin mancilla

—Pues si tan limpio lo ves  
¿Por que te niegas?...—Señor  
¡porque no tenéis los pies  
á la altura del honor!

MIGUEL TOLEDANO.

## TEATRO LÍRICO

## LAS VENGADORAS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, DE DON EUGENIO SELLÉS.

¡Buena idea tuvo el empresario! No; no podía estre-  
narse una obra como *Las Vengadoras*, sin un castillo  
de fuegos artificiales y una banda militar que tocara  
la sardana de Bretón.

¡Armonioso conjunto! En la platea, los actores pare-  
cían pirotécnicos, y en los jardines, los pirotécnicos,  
actores. Todos, en competencia, lanzaban al aire algo  
deslumbrador, que se desvanecía apenas visto, dejando  
rosadas lucecitas en la retina de los espectadores. Den-

tro, la frase aguda y de efecto, á veces comparación  
sofística, á veces metáfora vibrante, no siempre exacta,  
y que el público recibía con murmullos y sofocados  
aplausos. Fuera, la línea de luz que desde lo más alto  
de su carrera se descompone en lluvia de estrellas de  
todos colores y que el público contempla exhalando  
un *jaah!*.. de pueril satisfacción.

Tal es la obra. La acción, escasa; la necesaria para  
que los personajes hablen (y hablan bien, muy bien) y



digán aquellos *pensamientos* de que está plagada... plagada es poco; de que está atiborrada la comedia. Porque aquí ya hemos convenido en que es gran cualidad que las obras escénicas estén... como las mesas de flores de la Rambla: llenas de *pensamientos*. Los caracteres son simplicísimos, de un solo resorte. El mejor es el del general, calavera empedernido, que desconoce, como todos sus compañeros de comedia, el rubor de las palabras y de ello hace alarde, y que acaba, como es natural, por casarse con su... *vengadora*. Los demás personajes se contentan con decirnos lo que son ó con que lo digan otros por él, y como no tenemos prueba en contrario, hemos de creerles á todos bajo su palabra de honor.

La forma, el lenguaje, es excelente, correctísimo, hermoso. Cierito que yo ¡miser! de mil no tengo por gran elogio, ponderar una obra dramática diciendo que está *esmaltada* como suele decirse, por profundo pensamiento. Pero cuando lo alaba la gente ¡qué diablo! alabémoslo también nosotros, que nada nos cuesta.

La lástima es que esté en prosa. A estar en verso no habría tímpanos que resistiesen las tempestades de aplausos que hubiera provocado. Y la lástima es tanto

mayor cuanto que gran parte de los citados pensamientos parece como que llevan en sí el germen de la redondilla que había de ser su cristalización más perfecta.

Ahora una duda. ¿Por qué llamarán algunos comedia realista á *Las Vengadoras*? Supongo que no será por la especie de sociedad que pretende pintar, ni por la crudeza del lenguaje en que está escrito; porque entonces hay que convenir en que la palabra *realismo* tendría en nuestra lengua sinónimos más expresivos. Por lo de obra *verdadera* no es tampoco, porque ni las *vengadoras* deben de tener la cultura que suponen aquellas filosofías á que se entregan á todas horas del día—y, lo que es peor, hasta de la noche.—ni por ejemplo, una mujer decente y bien educada como la esposa de Luís, es capaz nunca—¡nunca, jamás!—de ponerse á disputar como una verdulera, en el *foyer* de un teatro con la que le roba el amor de su marido.

De los actores, la Tubru sobresalió, como es de suponer. Dijo de manera inimitable el monólogo del tercer acto y tuvo momentos felicísimos que le valieron grandes aplausos. Guerra, Valles y los demás hicieron cuanto pudieron.

ANTONIO L. RUIZ.

## CHIRIGOTAS

Creo que ya hemos convenido hace tiempo en que eso del arte escénico anda bastante mal.

Y en que, en lo referente al *género chico*, no anda la cosa ni mal ni bien; sino que sencillamente: *no anda*.

Bueno. Pues una vez convenido esto, déjenme ustedes que tribute un aplauso á la zarzuelita *De Herodes á Pilatos*, de Larra y Gullón.

Es una obrilla sin pretensiones, escrita en excelentes versos, bien planeada, repleta de chistes de primer orden, y á la cual el maestro Caballero (que es todo un caballero maestro) ha puesto una música deliciosísima, que pronto se hará popular.

Hay que ir á ver la obra y hay que aplaudir á la compañía de Julián Rómea por lo inimitablemente bien que la representa.

Y luego... bueno; luego habrá que retirarse modestamente á pensar otra vez en eso de la malandanza y del susodicho pésimo estado del arte escénico.

Están esta vez las musas  
por cálculos integrales.  
Según los *idem* curiosos  
de un curioso que los hace,  
se han hablado en el Congreso,  
en seis días laborables,  
cuatrocientas veinte mil  
palabras ó disparates,  
¡y eso «sin contar los picos»!  
según el curioso añadel  
Conque ¿sin contarlos? ¡Buenol  
¡Vamos, hombre! ¡que te calles!  
¡Sin los *picos*! ¡Sí, sin ellos  
ya no hubiera hablado nadie!

Gedeón; (que ahora es político)  
hablaba ayer de las huelgas:  
—Señores, esto da horror;  
¡Sí, según veo en la prensa,  
esta en huelga todo el mundo,  
por trabajador que se al  
¿Qué podemos esperar  
de una desdichada tierra,  
donde hasta los comentarios,  
según he leído, *huelgan*?

¡Ay de mí, misero!

Al dar cuenta, en el número pasado en la sección de *Obras recibidas*—de un libro que había tenido la amabilidad de mandarme el señor D. Amancio Peratoner, dije que este (el libro) se titulaba *Venus Sensual*, siendo así que su título es *Los peligros del amor*.

Claro está que una equivocación como la que acabo de rectificar la sufre cualquiera; sobre todo si se tiene en cuenta que la especialidad del señor Peratoner es precisamente la de escribir obras de... vamos, de la misma índole de *Venus Sensual*.

Pues bien: al señor Peratoner no le ha parecido la cosa tan natural. Y no solo ha revuelto el cielo con la tierra, sino que en *El Diluvio* del domingo, publicó un remitido diciendo que *tal* y que *cual* y que él no quiere que se le tome por falsario.

¡Toma! ¡y hace Vd. perfectamente en no querer! ¡No faltaba más!

Pero ¡caramba! me parece con permiso de Vd., que no había para tanto.

O que, si había, debía Vd. disculparlo.

Porque á lo mejor cree uno que está ejecutando un acto vulgar é insignificante.—¡Y resulta que está uno cometiendo un crimen digno de la execración universal!

Según la prensa ha dicho y cacareado, dos novios, en Santiago de Galicia, de la casa paterna se han fugado, como todos los novios... ¡sin malicia! Nadie en ello vió al pronto una desgracia y hasta puede decirse que á la gente le hizo el caso al principio mucha gracia; (al padre de ella no ¡naturalmente!)

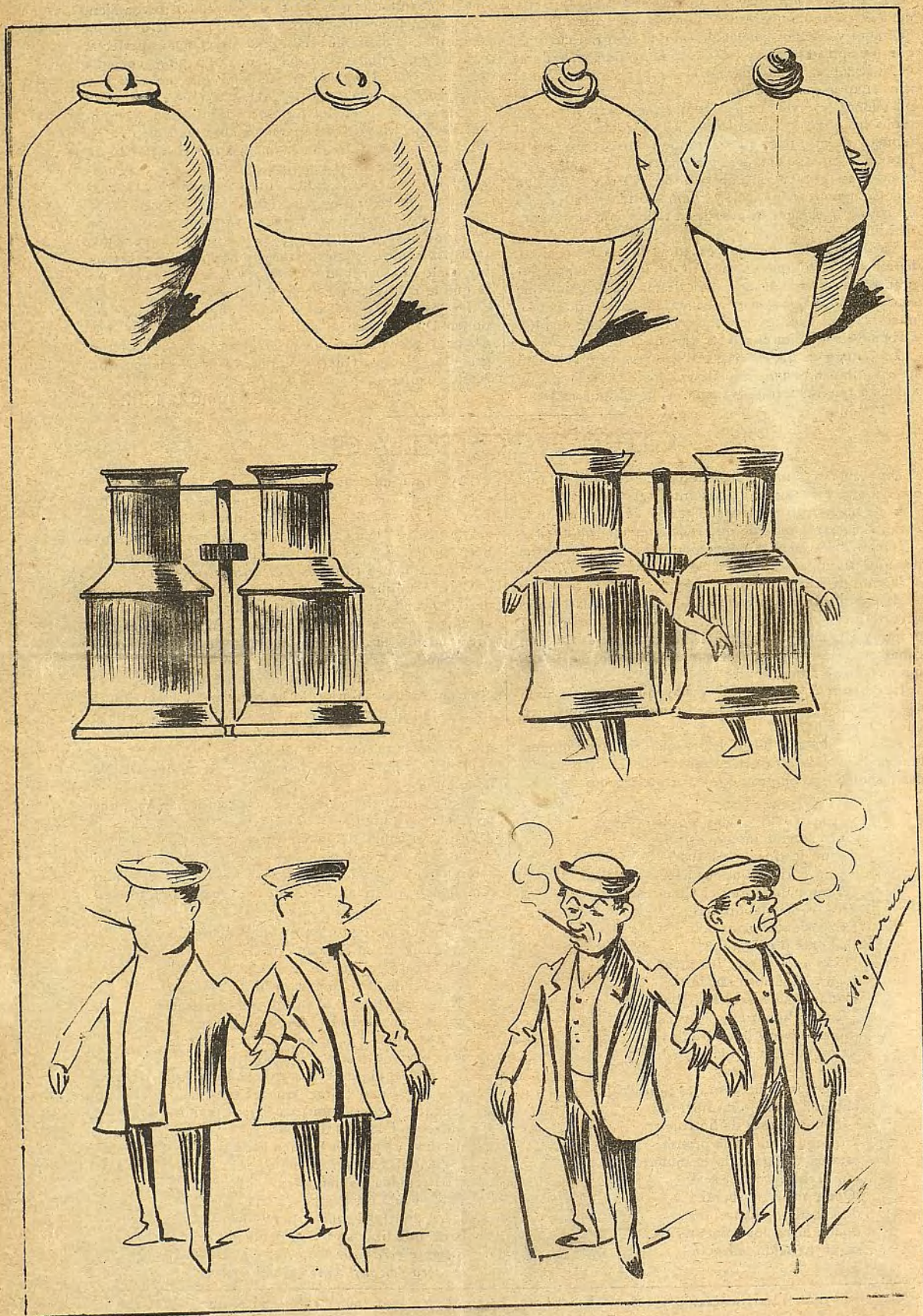
Pero según la prensa, que ha seguido paso á paso al Rafael y á la Ernestina, (aunque al dar algún paso habrá tenido que correr la cortina)

resulta que por fin los han cazado haciéndoles volver de mala gana y en seguida los han amonestado y ¡los van á casar esta semana!

Ya dijo no se quien, precisamente para moralizar algo á la gente:  
*Siempre verás que el vicio  
se labra por sus mantos el suplicio.*



## METAMORFOSIS, por Melitón González.



Donde se demuestra como de unos gemelos pueden salir otros.

Ayuntamiento de Madrid